

## “LA RAZA DE CAIN”

Novela de Carlos Reyles.

(Continuación)

Dejando a un lado el aspecto antipático de estos personajes, no podemos menos de reconocer que han sido concebidos y ejecutados con maravillosa precisión. Sus sensaciones y estados de espíritu, reproducidos magistralmente por el cincel maestro del autor, señalan páginas de una hermosura y plasticidad estupendas. Hay cuadros de intenso colorido; como la descripción del jardín, la noche del baile en casa de los Croocker, que nos hace vivir instantes de verdadero deleite espiritual. “Y por la quinta y el jardín, cuchicheando “sotto voce”, se desgranaban las parejas en los intermedios, perdiéndose misteriosamente entre los árboles y las flores, ni más ni menos que en los jardines y encantados bosquecillos de Versailles, las finas damas y los pulidos caballeros de la maravillosa corte del Rey Sol. La noche era espléndida, dulce y apacible como un sueño infantil; las estrellas brillaban a millones en el firmamento azul radioso, como abriantado de tenue polvillo de plata, y un aire suave que desparramaba, como perlas de un collar roto, las ondas sonoras de las alegres músicas, mecía esas rosas y los jazmines y los locos rizo que caían sobre la frente y el cuello de las núbiles donce-

llas. De vez en cuando una carcajada argentina y rítmica elevábase triunfante sobre el murmullo de las parejas e inclinaba el espíritu hacia las aventuras galantes y la vida dichosa del Decamerón".—Imposible hubiera sido hacer resaltar toda la belleza que encierra este párrafo, sin transcribirlo. Creemos que páginas como ésta, bellas y sentidas, son como la anunciación del estilo florido, elegante y flexible, que con tanta justeza ensaya Reyles en algunas páginas de "El Terruño", y que llegará a la perfección con "El Embrujo de Sevilla", obra que encierra las mejores galas de su multiforme flora literaria.

En algunas páginas, de "La Raza de Caín", es evidente la influencia d'annunziana. Recuerdo que en mi estudio (1) sobre el poeta más poeta de Italia contemporánea, decía que: "en las soberbias concepciones del autor de "La Nave", en las que se nos muestra cuentista o novelador impecable, encontramos grande influencia de Zola y Maupassant". Lo mismo podríamos decir de Reyles, que ha aprendido de Maupassant a condensar, en narraciones cortas y sintéticas, el proceso psicológico de las pasiones que agitan a los distintos personajes.

Muchas son las influencias extranjeras que han obrado sobre Reyles. Por esa causa, ha llegado a sostenerse que "La Raza de Caín" no es una novela uruguayaya. El autor de "Semblanzas de América", ha contestado muy bien esta objeción, diciendo que: "tienen carácter americano inconfundible las rivalidades aldeanas, el rastacuerismo de Menchaca, la bondad total y el abnegado rendimiento de mujeres como Sara y como Laura". Además, Reyles, con "La Raza de Caín", ha pretendido hacer una novela nacional,

(1) Gabriel D'Annunzio. Su obra. Publicado en "La Razón", el 24 de Febrero de 1921.

y ha querido realizar algo más que un pálido trasunto de los modos franceses, como ya he tenido ocasión de anotar en líneas anteriores. Esos personajes, aunque calcados en moldes extranjeros, toman carta de ciudadanía literaria, y se adaptan perfectamente a nuestro medio. Al analizar "El Terruño", he dicho que el realismo de Reyles es el primo de Indias del realismo de Balzac. En esta novela, hallamos nueva confirmación de tal verdad, pues Cacio, deja entrever ribetes balzacianos.

La influencia de Huysmans en la obra de Reyles es grande. Guzmán presenta una estrecha afinidad con el Des Esseintes de "A Rebours". Huysmans es uno de los más preclaros imitadores de Zola. "Su arte fogoso y brutal ha conquistado al público", ha dicho de él G. Lanson en su "Historia de la Literatura Francesa". Sus cuadros, de un verismo estupendo, revelan las pinceladas de una mano maestra, que ha adaptado los moldes de Zola a las situaciones más diversas de la vida. Las escenas religiosas, en sus más variadas facetas, han sido narradas por Huysmans de una manera admirable. El abúlico Des Esseintes, último retoño de una raza degenerada, y el desorbitado Guzmán, es indudable que han sido engendrados por otros cerebros superiores. Reyles y Huysmans realizan una misma obra, emplean tonos distintos, e imitan iguales modelos. Como se ve; la diferencia sólo es de tono, de grado. Huysmans es un hábil escenógrafo; Reyles, un insigne pintor.

Los personajes femeninos de esta novela de Reyles, parece hubieran sido creados con fines secundarios. La interesante figura de Laura, y la no menos compleja de Sara, la Taciturna, la amiga de Guzmán, son las únicas que se destacan con relieves pro-

pios. Amelia y Ana, giran alrededor de Guzmán y de Arturo, como esas mariposillas que concluyen demándose las alas en su porfía por acercarse demasiado a la llama. María Carolina, diríase que sólo vive por y para Laura. "Ella la quería siempre linda y toda para sí, y a veces llegaba a experimentar, cuando la veía rodeada de otros o de otras, un sentimiento muy femenino, sutil y complicado, semejante a los celos." Muy bien define Reyles ese curioso estado de espíritu, típicamente encarnado en María Carolina, que participa a la vez de dos sentimientos que se complementan eficazmente: amor y celos. Sólo lo comprenderemos ahondando en el alma femenina, en ocasiones tan sutil y complicada y avara de sus misterios, que no nos es dable penetrar en ella. Quebreemos la prohibición, tratemos de violar la consigna; e invadiendo el sagrado retiro, desentrañemos el arcano, adivinando la exquisita sutileza de ese sentimiento tan complejo y vario, a pesar de que no halle repercusión en nuestra psiquis, pues somos incapaces de igualar la cordial complejidad de un alma de mujer. Con todo, Reyles ha estado muy acertado en su papel de psicólogo de almas femeniles, y ha logrado dar cierto relieve a esta María Carolina tan insignificante, que se halla como perdida en la umbría ramazón de la novela.

Laura es una bella figura de mujer joven, que irradia su sana alegría, y es todo un baluarte de idealismo. Libre de influencias nocivas que perturbasen su delicada imaginación de niña mimada, vivía feliz, sin contaminarse su alma con las miserias de los demás. A su lado, era imposible sustraerse al dulce effluvio de pureza y juventud, que parecía desprenderse de toda su persona; y este contraste, de una vida llena de esperanzas y de ansias de vivir, con la de aquellos engañados que creen han vivido, sin siquiera haber

pulsado el oleaje tonificante de la verdadera vida, nos inclina a aborrecer los Cacios y Guzmanes, y amamos a Laura en su encantadora sencillez, mucho más hermosa, mucho más humana; flor bellísima que no pudo esparcir por mucho tiempo su perfume en compañía de zarzas y de cardos! Bien dijo Plauto, que el mortal amado de los dioses muere joven. Laura succumbe, envenenada por el infame Cacio que en su egoísmo, no pudo concebir que esa flor delicada iluminase la vida de otro ser más digno de su corazón y de sus gracias. "Ella será de él, sus encantos serán de Arturo, y yo... ¡Ah!, no puede ser: ya es bastante"; y ese yo, fué acicate potente para lanzarlo a la consumación de su horrible delito!

"El crimen de Cacio despertó la dormida conciencia de Julio Guzmán. Las ideas y creencias más osadas; los orgullosos torreones mentales, batidos artificioosamente con sofismas sutiles, se agrietaron y se hundieron, sin que el escéptico pudiese sacar otra cosa de las informes ruinas, que un disgusto invencible e insoportable de la existencia y de sí mismo." Poca cosa necesitó la parda filosofía de Guzmán para desmoronarse cual débil castillo de naipes! Es que el ser humano, cuando no guarda suficiente armonía con la realidad externa, es un elemento naturalmente destinado a perecer en la lucha por la vida, o a concentrarse en un yo obtuso y egoísta; síntesis de un alma torva e inaccesible, cuyo único remedio para encauzarla por las vías normales, sería la receta de Sócrates: "conócete a ti mismo". El error de Guzmán, de Cacio y Menchaca, y de todo extremado analizador de sensaciones, estriba en que debían haber comenzado por ser sinceros analizadores de sus propias ideas y sentimientos; y luego, con la experiencia proporcionada por íntimas sugerencias, colocarse frente a la vida, obrar, actuar en ella, y for-

marse sus ideales, engendrados por esa experiencia personal. Frente a la vida, debemos entrar en ella, ahondarla, vivirla; y entonces, de ese choque de nuestro ser con la realidad externa, nacen nuestros sentimientos, nuestros sistemas, nuestras ideas.

Es la introspección, pues, el único medio posible para coordinar nuestro espíritu con la realidad externa. La falla de los personajes de "La Raza de Caín", estriba en que han desechado el conocimiento humano y comprensivo de "propias y ajenas sensaciones", internándose en el proceloso mar de los delirios metafísicos, que los lleva a la incompreensión más absoluta de las realidades ambientes. Guzmán parece quisiera reeditar el ya anticuado método de la tesis, la antítesis y la síntesis, vale decir, el método Hegeliano, o dialéctico, bueno en filosofía, pero disparatado ante las sugerencias de la realidad viva y palpitante.

Muy acertada es la pintura que Reyless nos hace de ese ambiente rural, de pueblo chico, plagado de prejuicios y pequeñeces. En general, todo pueblucho de campaña, sea cual fuere el país a que pertenece, sufre de esa aguda anemia paralizadora, que lo mantiene como estratificado, y por lo tanto, cerrado a toda idea de progreso. Pasear por la plaza a la misma hora, ir a la iglesia (que nunca falta), hablar mal de todo el mundo, bostezar simultáneamente, si es posible, he ahí la existencia monificante que Reyless ha puesto al descubierto, aunque ha pretendido amenizar la opiosa y desesperante chatura del ambiente, colocando en ese pueblo la sede de su novela... que ya es mucho.

ALFREDO S. CLULOW.

(Continuará).